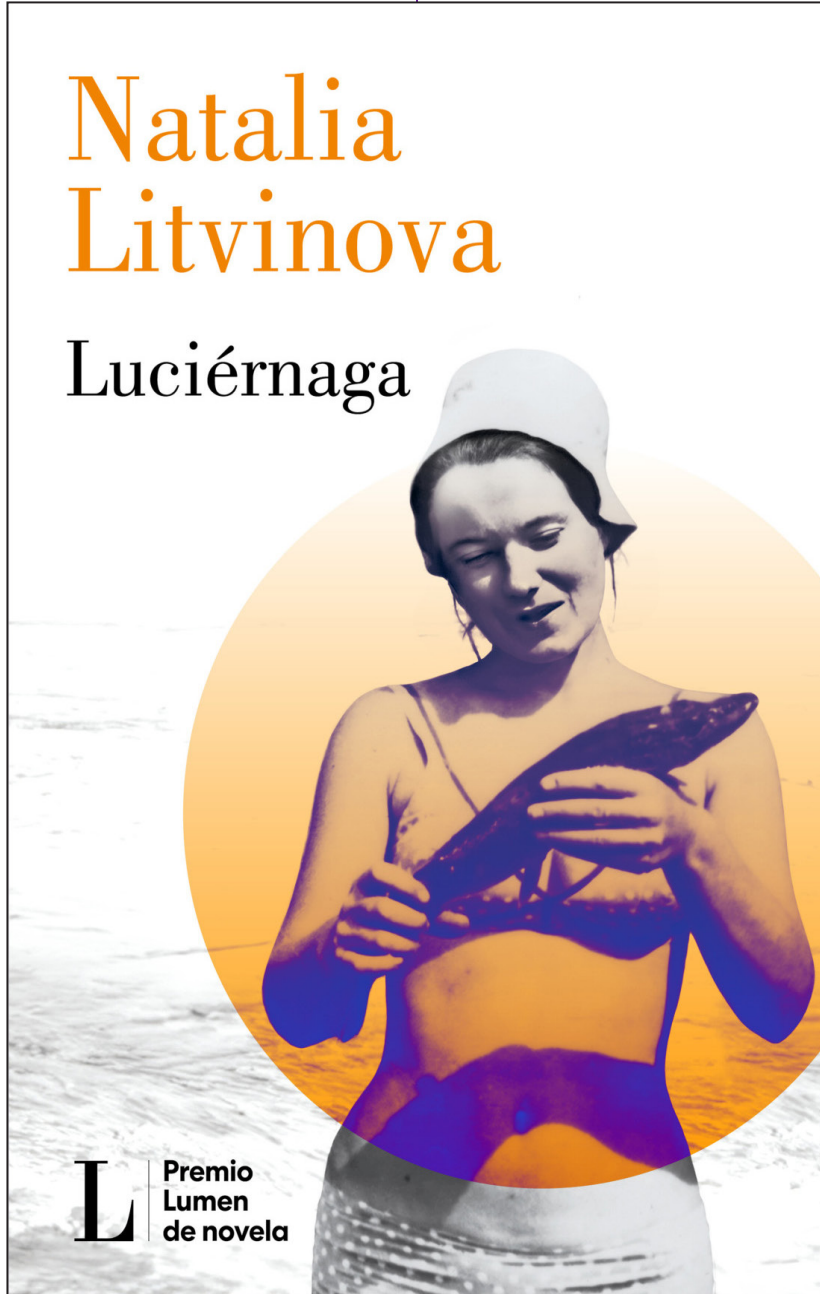




Guía de lectura

Natalia
Litvinova

Luciérnaga



Penguin **Club de lectura**

SINOPSIS

La narradora de esta historia nace a pocos kilómetros de Chernóbil el año que explota la central nuclear y crece en un país atravesado por la confusión y la miseria. En la tierra de los «niños radiactivos», las frutas monstruosas de la Zona, los cielos rojos y los hombres alcohólicos, enfermos o desorientados, las mujeres resisten haciendo de la cotidianidad un refugio: la madre cuyo nacimiento no fue registrado por la persecución de Stalin, la abuela secuestrada por los nazis que regresa al final de la guerra y, acusada de traición, debe trabajar recogiendo turba junto a sus amigas del pantano, como la joven enamorada de Mayakovski o la que pesca con sus trenzas. Desde la Bue-

nos Aires a la que emigró con su familia, Natalia Litvinova rompe el silencio de su madre para reconstruir en *Luciérnaga* toda una estirpe acallada.

«Una voz deslumbrante y conmovedora, con la difícil cualidad de la sencillez. En la tradición de la mejor literatura rusa, pasa del realismo a lo mítico con naturalidad y sabe recurrir al humor y la ironía para narrar una historia que todavía no habíamos leído».

Del acta del Jurado del Premio Lumen de novela, compuesto por Ángeles González-Sinde, Luna Miguel, Clara Obligado, Lola Larumbe y María Fasce

EXTRACTOS

Mamá nació en 1950, pero sus padres la inscribieron en el registro de nacimientos en 1953, el mismo año en que murió Stalin. Durante tres años ella fue un secreto. En esa época corría el rumor de que Stalin había ordenado deshacerse de los bebés nacidos en los pueblos. Cuando le pregunté si era cierto, contestó que no sabía y que no había manera de corroborarlo. (P. 23)

En uno de los estantes más inaccesibles de mi casa había un libro con la imagen marrón y negra de la central nuclear en la tapa. No comprendía si esa foto mostraba la central después del estallido o antes; había algo en ella especialmente borroso que generaba más preguntas que

respuestas. [...] Los niños en el colegio se burlaban de mí y de sí mismos, decían que éramos radiactivos y que un día brillaríamos en la oscuridad. (P. 33)

—¿Y hay algún antídoto?

—No, pero para morir sin tanto dolor te conviene tomar leche. Vas a necesitar varios litros por día. Y si podés llenar la bañera con leche y meterte ahí, es lo mejor. Mi primo se hizo el valiente, comió una manzana y después se acobardó. Dejó de ir al colegio, ya ni salía de su casa. Pasaba el día en la cama, gritando «¡Lecheeeee, más lecheeee!» —se burló Sasha y los chicos se volvieron a reír hasta que los ojos se les llenaron de lágrimas. (P. 35-36)

Desde esa altura podía ver el segundo piso de mi edificio, la copa de los sauces y los rasgos difuminados de mi madre y de Galina. También a las niñas en sus triciclos, moviéndose lentamente como tortugas por los caminitos de la plaza. Nunca me subí a un triciclo, ni aprendí a andar en bicicleta. ¿Para qué quería ruedas si tenía unos brazos resistentes y, con los pies en el aire, sin ser pájaro, estaba más cerca de Dios o del sol? (P. 71)

Cerca de casa había un bosque. Una parte estaba cercada con alambre de púa y varios carteles prohibían pasar porque el terreno seguía minado desde la ocupación. Cada vez que volvíamos del colegio y papá se quedaba fumando en medio del claro, mi hermano y yo jugábamos a seguir el impacto de las balas en los troncos que nos guiaban hacia aquel lugar prohibido. No muy lejos había una base militar custodiada por soldados. Me preguntaba si cada pozo que veíamos en la tierra habría sido una trinchera. Nos acostábamos ahí, nos cubríamos con hojas. El tiempo no había logrado taparlos, ahora eran tumbas abiertas que florecían cuando llegaba el calor y en invierno servían de barranco para que nos deslizáramos por la nieve. Nos divertíamos en lugares que habían sido escenarios de resistencia. En esa época pensaba mucho en los soldados. En especial cuando algún familiar venía a casa y la ceremonia de la comida se alargaba. Mientras me llevaba lentamente las cucharas llenas de sopa a la boca, miraba por la ventana y fantaseaba con que una fila de soldados se aparecía entre los edificios, iban como hormigas en dirección a mí. Des-

pués, sentía terror: ¿qué haría con tantos soldados? ¿Cuánta comida necesitarían, cuántas camas y ropa? Se me llenaban los ojos de lágrimas cuando entendía que nunca iba a poder ayudarlos. Los imaginaba de la siguiente manera: Ellos marchan con flores azules en los bolsillos y fusiles. Hace mucho que no piensan en la belleza salvaje de las flores, aturdidos por las explosiones y la sangre. Ahora las arrancan y huelen, frotan sus bocas con ellas. Las florecillas azules les recuerdan los ojos de sus amadas. (P. 74-75)

Yo conozco la sangre. Mi abuela dispara a los cerdos y los preparamos para las fiestas, las Pascuas, los cumpleaños. Sé cómo la sangre se mezcla con el barro y las heces de las gallinas, ya conozco las texturas de la muerte. Pero no sé curar. ¿En casa habrá vendas suficientes para los soldados? Ocultaremos todas las armas de juguete de mi hermano. Extenderemos acolchados y sábanas en el piso. Sin embargo, ellos no podrán dormir: de noche la piel se relaja y las heridas, las visibles y las invisibles, se abren. (P. 75)

Recuerdo que un día le pregunté por qué le gustaba coser. «Unir», me contestó, «unir con hilos que después no se ven, las partes, las capas, las ideas todavía invisibles. Y en mi caso, como soy muy buena, queda algo más grande y hermoso que el resultado de esa idea: un vestido que hará hablar a mi cuerpo cuando me lo ponga y pasee». (Pp. 84-85)

[...] Para 1995, todas sus amigas, excepto Larissa y Kira, habían emigrado a Ca-

nadá. Mamá recibía cartas en las que relataban lo mucho que habían cambiado sus vidas en poco tiempo. Como prueba, enviaban fotos en las que aparecían sonrientes, junto a carritos de supermercado repletos de productos que ella nunca había visto: pizzas congeladas, cereales en cajas coloridas, bebidas hechas a base de frutas exóticas. También de cenas en restaurantes, donde posaban con sus parejas e hijos, algo que en Bielorrusia no era común. Al ver esas fotos, mamá me observaba y notaba la diferencia: yo le parecía pálida y frágil en comparación. «¿No creés que Natalia se ve demasiado blanca? ¿No deberíamos darle más vitaminas? ¿Y si la llevo a un especialista en radiación?», solía preguntar. Larissa y Kira intentaban calmarla ofreciéndole más café con coñac. «¿De qué color quieres que sea, Tamara? Deberías dejar de preocuparte». Cuando regresaba a casa, mamá pasaba largas horas en la cocina escuchando la radio, moliendo café para los próximos días y tratando de descubrir a dónde podríamos ir ahora que Canadá había modificado sus políticas migratorias. (P. 97)

Mamá cuenta que el plato tardó en moverse, y ella volvió a rascarse la cabeza, golpeó varias veces la mesa con la rodilla y uno de sus suspiros hizo que la vela se apagara. Incluso llegó a pensar que el plato no se movía porque ni el espíritu podía asumir semejante responsabilidad. Sin embargo, el plato finalmente se movió, con una lentitud que a mamá le pareció desesperante, hacia cada una de las letras que formaban la palabra «Argentina». (P. 99)

—¿Por qué estamos hablando de Mayakovski?

—Es el ídolo de Añuta —contestó Darina, y Añuta bajó un poco su pollera y mostró la cara de Mayakovski tatuada con tinta verde en su cadera. El tatuaje era de mala calidad y dudé si realmente se trataba del poeta.

—¿Y por qué tanto interés en Mayakovski?

—Porque me gustan los hombres que les temen a los gérmenes.

—¿Qué?

—Un hombre que les tiene miedo a los gérmenes me llevaría a lugares agradables y limpios —afirmó Añuta, sonriendo.

—Las chicas del pantano fantasean con duchas calientes, ropa limpia y un baño como corresponde —añadió sin entusiasmo Darina.

—¿Y vos no extrañás eso?

—Las partículas de mi piel se mueven en todas las aguas que nadé. Se aferran a los cantos rodados y a los líquenes. Los niños construyen castillos de arena y mi piel resplandece bajo el sol. No sé lo que es extrañar porque estoy en todas partes. (P. 139)

El pantano se iluminó con los tonos del atardecer y me quedé en silencio, reflexionando sobre sus palabras. Si pudiera, en lugar de continuar colgada, me sentaría en aquel peñasco donde antes había un abedul. Arrancaría su corteza blanca, como solían hacer mis antepasados, para escribir en ella una carta a Catalina. La llenaría de palabras cálidas y frases tiernas, en lugar del abrazo que no puedo darle y que ella tampoco podría recibir. Me pregunté dónde estaría mi

abuela ahora que el agua del pantano se había calmado, tan suave como la seda, la tela favorita de mi madre. (P. 140)

—Lo que es de uno es de uno, eso es acá y en la China, pero hay cosas que hay que soltar. ¿Para qué te estás llevando esta pantalla de lámpara? —Fabio me la saca de las manos y la empieza a girar para verla en detalle—. ¡Ahá! Estas manchas que tiene acá son de moho. ¡No podés dormir al lado de esto, te vas a enfermar! Yo estuve en tu lugar y te entiendo. Seguramente te la estabas llevando porque necesitás luz en tu vida. (P. 145)

Niego con la cabeza y le agradezco. Durante el trayecto, la anciana gira cada tanto para mirarme y yo temo que se lastime el cuello. No sé si llega a verme bien; me camuflé entre las plantas y desde ahí intento seguir la conversación y voy acotando frases hechas. Por un instante, imagino que Rosa es la mujer de Lot y quiero advertirle que no mire atrás, por miedo a que se convierta en una estatua de sal. Pero soy yo quien no debe mirar hacia mi Sodoma. Y no lo hago; las puertas de la camioneta, mis geranios y las bolsas llenas de ropa no me lo permiten. (P. 148)

A las personas que fueron evacuadas debido a la explosión en la central nuclear de Chernóbil las llamaban «luciérnagas». No mucho tiempo después comenzaron a utilizar esa palabra para referirse también a quienes vivían en los lugares cercanos, afectados por la radiación esparcida por los vientos y las lluvias. (P. 150)

Pasearon por el barrio y después le mostraron la nueva casa; carecía de muebles y adornos, estaba prácticamente vacía. Le contaron a mamá que los vecinos evacuados de Kriuki solicitaron ser trasladados juntos para conservar la comunidad y brindarse apoyo. Sin embargo, ignoraron su pedido y los llevaron a diferentes pueblos. Aquellos que rechazaron las viviendas que se les ofrecían tuvieron que arreglárselas por su cuenta. Al año, mamá se enteró de que varios de ellos habían fallecido a causa de la soledad y la tristeza. Nadya, a pesar de la ternura con la que la cuidaba su esposo, se sumió en una depresión de la que no podía salir. «No fue solamente la radiación la que nos arrebató la alegría», le había confesado a mi madre. «Los lugareños nos evitan, ni siquiera nos hablan, creen que somos contagiosos». La última vez que mamá vio a su tía, esta le contó que en sus sueños se reencontraba con su vaca Musia, que la reconocía de inmediato y la saludaba con un suave y prolongado mugido. Juntas recorrían el establo mientras Nadya acariciaba las orejas de las cabras y las nombraba una por una en voz alta. Las gallinas, al verla, se alborotaban de emoción y volaban alrededor, posándose luego en sus hombros. Ella despertaba sobre una almohada mojada por sus lágrimas y miraba por la ventana entre los arbustos, hacia el horizonte, imaginando que cualquier punto lejano era su pueblo. (P. 151)

Me pongo las piernas de mi madre y camino con un anotador y una birrome tambaleando hacia los recuerdos que le cuesta conservar y de los que apenas

habla. Le pregunto cómo le gustaría que comience a narrar su historia. Duda. Me pide que describa su foto preferida, la que le tomó su primo. Está en bikini simulando un beso al arenque que tiene en las manos. Su vientre es plano, aún no ha tenido hijos. Sus ojos reflejan el brillo del agua del Prípiat. Faltan diez años para que explote la central nuclear. Mamá no sabe que su primo entrará a apagar el reactor. Mamá no sabe que no volverá a sumergirse en ese río. Mamá no puede saber que el pueblo donde nació se convertirá en un lugar deshabitado. Ni que volverá a la casa donde creció y se encontrará con su nombre escrito en la pared y un mensaje del chico que la quería en secreto. Mamá no sabe que

tendrá solo veinte minutos para estar ahí y llevarse las fotos de su familia escondidas bajo su ropa. Observará el techo roto, las tablas del piso levantadas, el árbol creciendo en medio de la cocina. El rosal sin podar, el aljibe sin agua, la cerca roída por los animales. Mamá no sabe que voy a correr para recibirla y me negará el abrazo diciendo: «Estoy contaminada, hija». Mamá no sabe que se irá del país con su familia y libros sobre Chernóbil que no dicen lo que ella vio. Mamá ignora que ese cielo luminoso de verano que se recorta detrás de ella presagiará sanguíneo la catástrofe. Ahora que lo sabe, sonrío una sonrisa que podría confundirse con la mueca que hacemos antes de llorar. (Pp. 224-225)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿Por qué creéis que la narradora quiere recuperar la historia de su madre? ¿Qué pensáis que le resuena con su momento vital?
2. ¿Qué os ha parecido la combinación de realismo y parte mítica en esta novela? ¿Qué os parece que quiere mostrar la autora con el pantano y las mujeres que lo habitan? ¿Conocéis otras novelas que mezclen estos elementos?
3. En el fallo del Premio Lumen, Natalia Litvinova declaró: «Para mí, la memoria en mis obras está muy relacionada con el silencio de otros». ¿Cómo trabaja la autora los temas de la memoria y del silencio?
4. ¿Conocíais la poesía de Natalia Litvinova? ¿Veis en su estilo de narrar alguna reminiscencia de sus poemas? ¿Y del arte del cuento?
5. Con sus capítulos breves y su división en partes, ¿qué papel creéis que juega la estructura de la novela?
6. ¿Os ha parecido *Luciérnaga* una novela luminosa? ¿Por qué?
7. ¿Qué opináis del personaje del padre? ¿Cómo lo caracteriza la autora y a través de qué anécdotas?
8. ¿Os ha recordado a algún otro libro que hayas leído o película que hayas visto? ¿Habéis pensado en Annie Ernaux, Nino Haratischwili o Tatiana Tîbuleac? ¿Qué otras obras conocéis que hablen sobre la resistencia de las mujeres? ¿Y sobre una estirpe silenciada?

9. Conocemos ensayos sobre el tema de Chernóbil, como el de Svetlana Aleksiéovich. ¿Existen otras novelas que aborden ese drama desde la ficción?

10. Si tuvieráis que definir *Luciérnaga* con una sola frase, ¿cuál sería?

LA AUTORA



© Federico Paul

NATALIA LITVINOVA es poeta y editora. Nació en Bielorrusia en 1986 y desde 1996 vive en Buenos Aires, donde imparte talleres de poesía. Ha publicado varios libros, entre ellos *Todo ajeno* (2013), *Siguiente vitalidad* (2016), *Cesto de trenzas* (2018), *La nostalgia es un sello*

ardiente (2020) y *Soñka, manos de oro* (2022). Su obra ha sido publicada en Alemania, Francia, España, Argentina, Chile, Brasil, Colombia y Estados Unidos. *Luciérnaga*, ganadora del Premio Lumen de novela 2024, es su primera novela.

Lumen

ENTREVISTA A NATALIA LITVINOVA

¿Qué significa para ti que te hayan premiado con este galardón?

Tengo que admitir algo que ya dije ayer cuando me enteré de que había ganado este premio tan importante: estoy anonadada. No dormí, estuve temblando. Además, tiene una relevancia tan grande porque España es una casa para mí. Una casa que recibió mis poemarios, donde he trabajado muchos de los temas que las integrantes del jurado han mencionado de manera tan amorosa y luminosa. [...] Creo que voy a tener que tomarme un tiempo para asimilar este hecho, porque terminé la novela hace poquito, días antes de enviarla al concurso. Trabajé enormemente, estuve muchos años con esta historia. Y, de pronto, estar aquí con ustedes, todavía me cuesta creerlo. Siento que no estoy llegando. Dicen que cuando uno regresa de un viaje, su alma vuelve unos días más tarde. Mi alma está viajando todavía en esta noticia. Y, además, es significativo para mí este premio porque la voz de la narradora también la encontré en España hace poco más de un año. Estuve en La Coruña después de algunos eventos trágicos que había padecido. Caminando, mirando el mar... Creo que el mar de La Coruña me salvó en ese momento y me sopló la voz para la narradora. Así que es muy valioso para mí estar frente a ustedes y empezar a imaginar este libro, que llegará espero que pronto.

¿En qué momento sientes que tienes que dejar atrás la poesía y das este salto a la novela? ¿Cómo se establece ese marco?

No dejé la poesía. No creo que pueda dejarla nunca. De hecho, la poesía es la música. Los hechos bailan esa música. En un primer momento, la novela tenía textos muy fragmentarios. [...] Creo que también ese espíritu se nota en el libro. Sabemos que la poesía es maravillosa para transmitir sentimientos y para emocionarnos, y yo quería que la historia de mis abuelas, de mi madre, de mi padre, de mi abuelo y mi hermano, que aparece un poquito, fuera un cobijo sentimental. Quería abrazar todos esos relatos; relatos de mi familia y de tantas mujeres que sufrieron algunos hechos que conocerán cuando lean la novela. No encontré otra manera que acariciarlos con la poesía. También, obviamente, tenía que medirme, no quería que el libro se transformara en un poemario. Ese era mi reto, porque siempre quiero escribir poemas. Es donde más cómoda me siento. Pero realmente esta historia desbordaba, los márgenes explotaban y este mar que menciono [el de La Coruña] tiene mucho que ver. Meterme en la novela fue como sumergirme en un mar mucho más profundo. Dejar, quizás, el agua de la

poesía y entrar en ese mar mucho más largo y hondo. Y la novela me dio ese tiempo extenso para repensar la historia y para aplicar esa capa de ficción que lo fue todo, fue un sostén. Así que me temo que mi respuesta es no, no abandoné la poesía y ella creo que tampoco me abandonó a mí, o eso espero.

¿Cómo ha sido la exploración de tu memoria?

La memoria es un tema en todos mis libros. Además, es importante en mi vida personal porque cuando dejamos Bielorrusia y llegamos a Argentina yo cumplí diez años, y sentí que algo se rompió en mí y en mi familia. La novela retrata muy bien esa ruptura, esa grieta inmensa. Durante muchos años, para adecuarme a una nueva cultura y ganar amigos, recuerdos, amores, tuve que olvidar algunas cosas. Esta novela me conmueve profundamente y fue escrita para entender muchas de las cuestiones que yo quise olvidar para sobrevivir. A veces necesitamos olvidar mínimamente algo para poder llenarnos de otra cosa, de otras herramientas. La escritura me enseñó eso. Y también, para mí, la memoria en mis obras está muy relacionada con el silencio de otros. En *Luciérnaga* aparece el de una madre. La hija y la madre empiezan a conversar, pero cuesta romper el silencio. Volver a ciertos recuerdos, y más si son dolorosos, es difícil. Y si hablamos de mujeres que no conocieron el amor, a las que la patria no les dio lo que esperaban, que fueron acalladas... Me interesó sumar a esta búsqueda de recuerdos que fueron rotos y que traté de olvidar esa otra capa, ese velo que quiero rasgar en la novela, que es el silencio. ¿Qué pasa si presiono un poco la vida de mi madre y la hago hablar? Ella se resiste. *Luciérnaga* tiene que ver con los traumas, con la memoria y, también, con la existencia. Soltar el silencio es una prueba gigante para muchas personas, pero cuando se rompe sabemos que sale el terror y la belleza.

¿En qué momento decides hablar sobre las cosas que decidías olvidar y cuál fue el motivo para hacerlo?

Estos motivos aparecen en mis poemarios: Chernóbil, mis abuelos, mi madre... Son temas fundantes para mí como escritora. Ya habían tocado mi puerta y esa puerta fue ampliamente abierta en mis poemas. Quería explorarlos con una longitud que no había probado aún. Fue, también, tomar un riesgo. Fue un desafío analizar y probarme en ellos. La novela está en mi cabeza desde hace diez años, aproximadamente. Ayer, cuando me enteré de que había ganado este premio, me puse a buscar fotos de mis cuadernos con las primeras anotaciones y encontré algunas de 2014. En ese momento estaba en España. Hay un círculo que de pronto empieza a ser más notorio y en esas notas aparecían frases de mi madre. Yo me había propuesto, en 2013-2014, hablar con ella. Y le propuse que ella escribiera. En realidad, esta novela nace de la necesidad de leer un cuaderno suyo. Como ella no podía hablar y no podía contar sus historias, yo le pregunté si podía escribirlas. Dijo que sí, y escribió muchísimo. Lo que pasa es que eran recuerdos... Incluso le cambiaba la letra. Me di cuenta de que cuando ella

sufría contando algo, la letra se volvía ilegible. Eso a mí me motivó a seguir tirando de esa letra. Y dije: «Bueno, si es legible, yo puedo recomponer, continuar y tirar de este hilo». Creo que fue ese momento, ver a mi madre escribir con una caligrafía tan difícil para ella y ese intento de dejarme algo, de poder contar al menos un poco su historia, lo que me motivó para, justamente, escribir un relato que nos cobijara. Ahí es cuando yo quise transformarlo en una novela. En mi familia hay mucha gente silenciada, que creyó que su historia no importaba. Y no era solamente su historia, era la de muchas personas. Fue la necesidad de darles una voz a mi madre y mis abuelos sabiendo que representaban a muchos y a muchas.

Quería preguntarte por la influencia de Svetlana Alexiévich, cuyos libros son historia oral, que ha escrito sobre Chernóbil, las mujeres en la guerra... Todos sus libros han recuperado las voces silenciadas. ¿Arrancaste con este libro y con querer escuchar las voces de las mujeres de tu familia en paralelo a cuando ella ganó el Nobel? ¿Cuál ha sido tu contacto con su obra?

Un contacto muy cercano. Admiro muchísimo a Svetlana. He leído todos sus libros. Y empecé por *Voces de Chernóbil*. En las primeras páginas hay una parte en la que Svetlana dice que si en Chernóbil ocurriera una segunda explosión, Bielorrusia dejaría de existir. Creo que ese fue un pilar para comenzar esta novela. Lloré con ese momento. Dije: «¿Cómo? ¿Cómo un país que vio crecer a mis ancestros, que lucharon por ese país, va a desaparecer?». Entonces, ese miedo a la desaparición, a que mi país se convirtiera en un fantasma fue un comienzo para *Luciérnaga*. De hecho, Chernóbil es una obsesión. El personaje principal, que se llama igual que yo, está obsesionada con Chernóbil.

